

### **3º D. ADVIENTO. EVANGELIO SEGÚN SAN MATEO 11,2-11.**

*En aquel tiempo, Juan, que había oído en la cárcel las obras de Cristo, le mandó a preguntar por medio de dos de sus discípulos:*

*- ¿Eres tú el que ha de venir o tenemos que esperar a otro?*

*Jesús les respondió:*

*-Id a anunciar a Juan lo que estáis viendo y oyendo: los ciegos ven y los inválidos andan; los leprosos quedan limpios y los sordos oyen; los muertos resucitan, y a los pobres se les anuncia la Buena Noticia. ¡Y dichoso el que no se sienta defraudado por mí!*

*Al irse ellos, Jesús se puso a hablar a la gente sobre Juan:*

*- ¿Qué salisteis a contemplar en el desierto, una caña sacudida por el viento? ¿O qué fuisteis a ver, un hombre vestido con lujo? Los que visten con lujo habitan en los palacios. Entonces, ¿a qué salisteis, a ver a un Profeta?*

*Sí, os digo, y más que profeta; él es de quien está escrito:*

*«Yo envío mi mensajero delante de ti para que prepare el camino ante ti.»*

*Os aseguro que no ha nacido de mujer uno más grande que Juan el Bautista,*

## **RECONOCER LA GRANDEZA DE DIOS**

El Evangelio de este tercer domingo de Adviento nos habla de Juan el Bautista que, desde la cárcel en la que se encuentra, envía a sus discípulos a preguntar a Jesús: **«¿Eres tú el que ha de venir, o debemos esperar a otro?»**. Y es que al oír hablar de las obras de Jesús, a Juan le asalta **«la duda»** de si realmente es el Mesías o no. De hecho, él pensaba en un Mesías severo que, al llegar, haría justicia con fuerza castigando a los pecadores.

Jesús, en cambio, tiene **«palabras y gestos de compasión»** hacia todos. En el centro de su acción está la misericordia que perdona, por lo que **«los ciegos ven y los cojos andan, los leprosos quedan limpios y los sordos oyen, los muertos resucitan y se anuncia a los pobres la Buena Nueva»**

Juan el Bautista, desde la oscuridad de la cárcel, **«no logra reconocer a Jesús como el Mesías esperado»** y, asaltado por la duda, envía a dos de sus discípulos a verificar: **«Id a ver si es el Mesías o no»**. Llama la atención que esto le suceda precisamente a él, que antes había bautizado a Jesús en el Jordán y lo había anunciado a sus discípulos como **«el Cordero de Dios»**.

Esto nos pone sobre la pista de que **«también el creyente más grande atraviesa el túnel de la duda»**. Y esto no es un mal, es más, a veces es necesario para el crecimiento espiritual. Nos ayuda a entender que **«Dios es siempre más grande de como lo imaginamos»**. Las obras que realiza son sorprendentes respecto a nuestros cálculos. Su acción siempre **«supera nuestras expectativas»**. Por eso no debemos dejar nunca **«de buscarlo y de convertirnos conforme a su verdadero rostro»**.

Un gran teólogo, el jesuita Henri de Lubac, en su obra **«Por los caminos de Dios»**, dice que **«a Dios hay que redescubrirlo por etapas y, a veces, creyendo que lo pierdes»**. Y eso es precisamente lo que hizo el Bautista, **«ante la duda, lo busca, lo interroga y finalmente lo descubre»**.

La búsqueda de Dios es **«inherente al ser humano»**, pero esa búsqueda está llena de caminos tortuosos, desafíos intelectuales y experiencias vitales que requieren **«un esfuerzo constante de la razón y del corazón»** para mantener la dirección.

Juan, definido por Jesús como el mayor entre los nacidos de mujer nos enseña a **«no cerrar a Dios en nuestros esquemas»**, a no caer en **«la tentación de hacernos un Dios a nuestra medida»**, un Dios para usarlo. Dios es otra cosa.

También nosotros a veces podemos encontrarnos en la situación de Juan, en una cárcel interior, **«incapaces de reconocer la novedad del Señor»**, prisioneros de la presunción de saberlo todo sobre Él. Y es que **«nunca se sabe todo sobre Dios»**. Quizás tengamos en la cabeza un Dios poderoso, que hace lo que quiere, en vez del **«Dios de la humildad, de la misericordia y del amor»**, que interviene siempre respetando nuestra libertad y nuestras elecciones.

Quizá nos surge también a nosotros decirle: **«¿Eres realmente Tú, tan humilde, el Dios que viene a salvarnos?»** Y puede sucedernos algo parecido también con los hermanos: tenemos nuestras ideas, nuestros prejuicios y ponemos a los demás, especialmente a quienes sentimos diferentes, etiquetas equivocadas e injustas.



El Adviento es, pues, un **«tiempo de cambio»** de perspectivas, un tiempo para **«dejarnos asombrar por la grandeza de la misericordia de Dios»**. Dios siempre asombra. El Adviento es un tiempo en el que, preparando el belén para el Niño Jesús, **«aprendamos de nuevo quién es nuestro Señor»**. Un tiempo para soltar ciertos prejuicios hacia Dios y los hermanos. Es un tiempo en el que, en vez de pensar en regalos para nosotros mismos, **«ofrezcamos palabras y gestos de consolución»** a quién está herido, **«como hizo Jesús»** con los ciegos, los sordos y los cojos.

Que la Virgen, como madre, nos tome de la mano en estos días de preparación a la Navidad y nos ayude a **«reconocer en la pequeñez del Niño la grandeza de Dios, que viene»**. ¡Que así sea!